

# NEWT

Prólogo

## NEVÓ EL DÍA EN QUE MATARON A SUS PADRES.

Un accidente, dijeron mucho después, pero él estaba allí cuando sucedió y sabía que no se había tratado de un accidente.

La nieve llegó antes que ellos, casi como un presagio blanco y frío que caía del cielo gris.

Podía recordar cuán confuso fue. El calor sofocante había azotado brutalmente la ciudad durante meses, que se convirtieron en años; una hilera infinita de días llenos de sudor, dolor y hambre. Él y su familia sobrevivieron. Mañanas esperanzadas se transformaban en tardes de escarbar la basura en busca de comida, de peleas estridentes y ruidos aterradores. Luego, sobrevinían los atardeceres de entumecimiento por los días largos y abrasadores. Solía sentarse con su familia a observar la luz que se desvanecía del cielo y el mundo que desaparecía lentamente delante de sus ojos mientras se preguntaba si reaparecería con el alba.

A veces, venían los locos, tanto de día como de noche. Pero en su casa no hablaban de ellos. Ni su madre ni su padre y, ciertamente, tampoco él. Parecía que admitir su existencia en voz alta podría atraerlos, como un hechizo que convoca al demonio. Solo Lizzy, dos años menor que él (pero el doble de valiente), tenía las agallas para mencionarlos, como si fuera la

única lo suficientemente inteligente como para reconocer la diferencia entre superstición y tontería.

Y era tan solo una niña.

El chico sabía que debería ser el valiente; debería ser él quien tranquilizara a su hermanita. *No te preocupes, Lizzy. El sótano está muy bien cerrado y las luces, apagadas. Los malos ni siquiera sabrán que estamos aquí.* Pero siempre se quedaba mudo. La abrazaba con fuerza y la apretaba en busca de consuelo, como si fuera su propia osita de peluche. Y todas las veces, era *ella* quien le daba a *él* una palmada en la espalda. La quería tanto que le dolía el corazón. La apretaba más fuerte, juraba en silencio que nunca permitiría que los locos la lastimaran, y luego esperaba con ansias los golpecitos que ella le daba entre los omóplatos con la palma de la mano.

A menudo, se quedaban dormidos así, acurrucados en el rincón del sótano sobre el viejo colchón que su padre había arrastrado escaleras abajo. Su madre siempre los cubría con una manta, a pesar del calor: su propio acto de rebeldía contra la Llamada, que había destrozado todo.

Esa mañana, despertaron ante una visión maravillosa.

—¡Niños!

Era la voz de su madre. Él había estado soñando algo acerca de un partido de fútbol: la pelota daba vueltas a través del césped verde del campo de juego y se dirigía a un arco despejado en medio de un estadio vacío.

Abrió los ojos y vio a su madre mirando por la ventanita, la única que había en el sótano. Había quitado la tabla de madera que su padre había clavado la noche anterior, como hacía siempre al atardecer. Una luz suave y grisácea brilló en el rostro de su madre, dejando ver una mirada brillante de asombro. Y una sonrisa que él no había visto en mucho tiempo la iluminó aún más.

—¿Qué sucede? —masculló, poniéndose de pie. Lizzy se restregó los ojos, bostezó y luego lo siguió hasta donde se encontraba su madre observando la luz de la mañana.

Podía recordar varias cosas de ese momento. Mientras miraba hacia afuera, entornando los ojos hasta adaptarse a la luz, su padre aún roncaba

como una bestia feroz. No había locos en la calle y las nubes cubrían el cielo, una rareza en esos días. Se paralizó al ver los copos blancos. Caían del cielo gris en medio de giros y danzas, desafiando la gravedad. Luego, ascendían revoloteando deprisa antes de volver a descender.

Nieve.

Nieve.

—¡Pero qué carajos! —masculló por lo bajo, una expresión que había aprendido de su padre.

—¿Cómo puede ser que esté nevando, mami? —preguntó Lizzy, los ojos vacíos de sueño y llenos de una alegría que le oprimió el corazón. Se estiró y le dio un tirón en la trenza, esperando que ella supiera que, en gran parte, era quien le daba sentido a su miserable vida.

—Ah, ya sabes —respondió su madre—, todo eso que dice la gente. El sistema climático mundial quedó hecho pedazos por las Llamaradas. Simplemente disfrutemos del espectáculo, ¿sí? Es realmente extraordinario, ¿no creen?

Lizzy contestó con un suspiro de alegría.

Se preguntó si alguna vez volvería a ver algo semejante. Los copos volaban de un lado a otro, hasta que finalmente aterrizaban y se derretían apenas tocaban la acera. El alféizar de la ventana estaba salpicado de manchas húmedas.

Permanecieron así, observando el mundo exterior, hasta que unas sombras cruzaron por la parte de arriba de la ventana. Aparecieron y desaparecieron en un segundo. El chico estiró el cuello para ver qué era lo que había pasado, pero miró demasiado tarde. Pocos segundos después, se oyeron unos golpes fuertes arriba, en la puerta de entrada. Antes de que terminaran de golpear, su padre ya estaba de pie, repentinamente despierto y alerta.

—¿Vieron a alguien? —preguntó con voz un poco ronca.

El rostro de su madre había perdido el brillo de un momento antes y había sido reemplazado por las más familiares arrugas de ansiedad y preocupación.

—Solo una sombra. ¿Contestamos?

—No —respondió papá—. Por supuesto que no. Roguemos que se marchen.

—Podrían entrar a la fuerza —susurró mamá—. Sé que yo lo haría. Tal vez piensan que la casa está abandonada, que quedó alguna lata de comida.

Papá la miró largamente mientras su mente trabajaba en el transcurrir del silencio. Luego, *bum, bum, bum*. Los fuertes golpes en la puerta sacudieron toda la casa, como si los visitantes hubieran traído con ellos un ariete.

—Quédate aquí —dijo papá con cautela—. Quédate con los niños.

Mamá comenzó a hablar, pero se detuvo y posó la mirada en sus hijos, sus obvias prioridades. Los atrajo hacia ella y los abrazó, como si sus brazos pudieran protegerlos. Dejó que el calor del cuerpo de su madre lo tranquilizara y la estrechó con fuerza mientras su padre subía las escaleras sin hacer ruido. El piso de arriba crujió bajo sus pasos, que se dirigieron hacia la puerta del frente. Después, silencio.

El aire se volvió denso, opresivo. Lizzy se estiró y tomó la mano de su hermano. Finalmente, encontró palabras de consuelo para su hermanita y las dejó brotar libremente.

—No te preocupes —susurró con voz apenas audible—. Deben ser personas que buscan comida. Papá compartirá un poco de lo que tenemos y luego continuarán su camino. Ya verás —le apretó los dedos con todo el amor que conocía, sin creer una sola de las palabras que le había dicho.

Luego, siguió una avalancha de ruidos.

La puerta se abrió de golpe.

Voces fuertes y airadas.

Un estrépito, después un ruido sordo que hizo repiquetear las maderas del suelo.

Pasos enérgicos y aterradores.

Y, a continuación, los desconocidos ya estaban descendiendo la escalera con pisadas estrepitosas. Dos hombres, tres, una mujer: cuatro en total. Los recién llegados estaban bien vestidos para la época en que vivían. No lucían ni amables ni amenazadores, sino absolutamente solemnes.

—Ignoraron todos los mensajes que les enviamos —declaró uno de los hombres mientras examinaba el lugar—. Lo siento, pero necesitamos a la niña. Elizabeth. Lo siento mucho, pero no tenemos opción.

Y, así nomás, el mundo del niño se terminó. Un mundo que ya contenía más cosas tristes de las que un chico era capaz de enumerar. Los extraños se abrieron paso a través de la atmósfera de tensión. Se aproximaron a Lizzy, la sujetaron por la camisa y empujaron a su madre —frenética, enloquecida, a los gritos—, que intentaba aferrar a su pequeña hija. El chico corrió hacia delante y golpeó a un hombre desde atrás, en los hombros. Un mosquito atacando a un elefante.

Al ver la expresión del rostro de Lizzy durante la inesperada locura, algo frío y duro se hizo añicos dentro de su pecho y los trozos filosos cayeron y lo desgarraron. Era insoportable. Profirió un grito salvaje y se arrojó con más fuerza sobre los intrusos, lanzando puñetazos frenéticamente.

—¡Suficiente! —gritó la mujer. Una mano azotó el aire y le pegó en el rostro, una picadura de serpiente. Alguien le dio un golpe a su madre en la cabeza y ella se desplomó. Y, a continuación, se escuchó un sonido semejante al rugido de un trueno, cerca y en todas partes al mismo tiempo. Los oídos del niño repiquetearon con un zumbido ensordecedor. Cayó contra la pared y contempló el horror.

Uno de los hombres tenía un disparo en la pierna.

Su padre estaba en la puerta, con un arma en la mano.

Su madre se levantaba chillando e intentaba alcanzar a la mujer, que había extraído su propia arma.

Papá disparó dos tiros más: un silbido metálico y el chasquido de una bala al chocar contra el hormigón. Erró ambos.

Mamá jaló del hombro de la mujer.

Después, la mujer la apartó de un codazo, disparó, giró y disparó tres veces más. En medio del caos, el aire se volvió más denso y todos los sonidos se retrajeron; el tiempo se transformó en un concepto extraño. El chico observó la caída de sus padres mientras el vacío se iba abriendo bajo

sus pies. Transcurrió un momento prolongado en el que nadie se movió, especialmente su madre y su padre. Ellos no se moverían jamás.

Todos los ojos se dirigieron hacia los dos huérfanos.

—Agárrenlos a *ambos*, maldición —dijo finalmente uno de los hombres—.

Al otro lo pueden usar como recluta de control.

La forma en que el hombre lo señaló, con tanta indiferencia, como quien elige finalmente al azar una lata de sopa de la despensa, no la olvidaría jamás. Se precipitó hacia Lizzy y la atrajo entre sus brazos. Los extraños se los llevaron de allí.